

Solemnidad El Cuerpo y La Sangre de Cristo

Homilía pronunciada por Mons. Dante Braida en la celebración eucarística
Basílica San Francisco / Sábado 2 de junio de 2018

“Yo he venido para que tengan Vida y la tengan en Abundancia” Jn 10,10

Motivados por este texto evangélico estamos viviendo en toda la Arquidiócesis la fiesta del Cuerpo y la Sangre de Cristo, culminando, a su vez, un tiempo de oración más intenso suplicando al Creador que la Vida humana sea respetada, cuidada y promovida en todas sus etapas de desarrollo.

En el Evangelio contemplamos a Jesús que celebra la cena de Pascua con sus discípulos, como lo hacían en su pueblo. Solo que en esta ocasión al partir y repartir el pan dice “Esto es mi cuerpo”. Su cuerpo, como ese pan, se va a partir para poder servir de alimento. El va a ser el nuevo cordero que se entrega como víctima para salvar a todos los hijos de Dios. Un nuevo cordero sin mancha, sin defectos, como tiene que ser toda ofrenda que se hace a Dios.

En cada Eucaristía quien preside pronuncia estas palabras “esto es mi Cuerpo” y luego da el pan partido al pueblo. Jesús se hace presente en el pan de la Eucaristía para alimentarnos y liberarnos de todo mal.

Nos alimenta para que “tengamos Vida y vida en Abundancia”. Quiere que todos participemos de esa Vida. Recibiéndola con un corazón abierto y, a la vez –cómo él- con la disposición a darla, entregarla. Estamos llamados, como Jesús, a entregar la vida por amor para el bien de nuestros hermanos.

En estos días en que se discute la posible legalización del aborto, que importante es volver a poner los ‘ojos fijos en Jesús’ para valorar la vida de cada persona y al mismo tiempo contemplar al Dios que dio Su vida por todos.

En estos días hemos escuchado muchas opiniones a favor y en contra de esta propuesta. Escuchando el dato de la ciencia queda bien demostrado que la vida humana comienza en el momento de la concepción y que para que se desarrolle necesita la aceptación, el cuidado y la nutrición no solo de la madre sino de su entorno.

Por tanto es una vida que depende del amor y el compromiso generoso de otros... de hermanos mayores que ya han transitado muchas etapas de crecimiento.

Es una pequeña vida que necesita de otras vidas más fuertes, crecidas y con más poder... esta es una realidad reconocida por todos.

Los creyentes, a partir de lo que Dios nos ha revelado, vemos en cada vida un don de Dios, un regalo de Dios con altísima dignidad que debe ser respetada en todas sus etapas.

Ya en el A. T. el mandamiento de Dios “No matarás” es contundente y nos manda a cuidar toda vida humana y pone límite a la posibilidad de disponer de la vida de otro.

Luego Jesús nos invitará a “amar al prójimo como él nos amó”... o sea, hasta dar la vida. HOY veneramos su cuerpo entregado por amor a todo. Como dice el Evangelio “*Este es mi cuerpo que se entrega*” por ustedes.

Jesús que entregará su vida por nosotros, que va a morir por nosotros nos invita a seguirlo como discípulos y amigos suyos por ese camino de entrega generosa. Nos llama a seguirlo cargando con la cruz de cada día. Ofreciendo cada sufrimiento que nos toca y así, ir muriendo a nosotros mismo para dejar que la Vida que Dios nos ha dado crezca por el camino del amor. Amor incondicional a Dios y a los hermanos.

Por eso, si hay alguien que tiene que morir es ese “yo” que se cree con poder de decidir por la vida de otros...

Este es el camino de la vida espiritual y que va creciendo día a día en la medida que permitimos que brote la humildad que nos hace reconocer a Dios como dador de toda vida y como el centro de la vida...

Y, al mismo tiempo, nos permite reconocer al otro, particularmente cuando es pequeño y frágil, como un hermano con quien tengo que compartir el camino de la vida, a quien tengo que amar especialmente... porque por él también Cristo dio su vida.

Transitar este camino no es fácil, sobre todo si lo hacemos confiando solo en nosotros mismos. Por eso necesitamos afianzar nuestra Amistad con Dios, nuestra Alianza con él que permite luego generar lazo de auténtica fraternidad con los demás.

Fuimos creados para una vida fraterna, para vivir entre nosotros la realidad de la comunión fraterna, de la unidad.

El Génesis, en sus primeras páginas, nos relata ese trato familiar de Dios con el Hombre y la mujer que reflejaba esa comunión, esa unidad original. Sin embargo el pecado cuando se introduce daña esa unidad, rompe esa armonía que finalmente solo será reparada o redimida por Cristo al derramar su sangre como signo de la Nueva Alianza que vino a sellar.

“Esta es mi Sangre, la Sangre de la Alianza, que se derrama por muchos” decía Jesús en el Evangelio. Cada vez que participamos de la Eucaristía, cada vez que comulgamos se acrecienta esta Alianza y nos capacita para Alabar a Dios y amarlo sobre todas las cosas. A la vez nos capacita para Morir a nosotros mismos y para amar como él amó, comprometiéndonos con cada ser humano en el que vemos el rostro vivo de Cristo.

ASI SEA.